Año IV—Epoca II

La Plata, 1ª quincena de Diciembre de 1922

Núm. 87

IDEAS

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

Suscripción mensual 0.20
Número suelto. . . 0.10

Publicación Quincenal

Editada por la Agrupación del mismo nombre

Administrador: Risto Stoianovich

En la Europa Central

De una carta particular al compañero Quiroule.

«...La carestía de la vida en Viena y en todo el país ha alcanzado proporciones fabulosas. La leche, la manteca, los huevos, la carne, las frutas se han transformado en alimentos de lujo que el pueblo conoce por verlos, pero que no puede probar, por su alto costo. El viajar en tranvía es carísimo y el valor de la ropa de sastrería es tan subido que sólo los muy ricos pueden adquirirla...

La propaganda, bien que hecha con verdadero amor y constancia, no prospera, aquí, como sería de desear. Tenemos un hebdomadario, el «*Erkenntnis und Befreiung*», donde prestan preferente atención al lado experimental de nuestras ideas.

Impera, entre nosotros, la Social democracia, partido de políticos que sólo se preocupan de afirmarse en el poder; y su influencia es grande. Dicho partido impidió y sigue impidiendo la Revolución, aviniéndose muy bien, con él, la burguesía, porque ella sabe que esta Social-democracia constituye su mejor baluarte.

En general, los obreros reciben buena paga y poseen, ahora, muchos nuevos derechos (ilusorios, en realidad). En cuanto a los comunistas, su impotencia no puede ser mayor y a los pocos anarquistas que hay aquí, mucho trabajo les cuesta impedir que los trabajadores se dejen embaucar por dictadores y Social-demócratas.

...Es creencia, de todos, que una revolución sería la señal de la ocupación definitiva del país por los países militaristas vecinos: Yugoeslavia, Tchecoeslovaquia, Italia, los que están a la espera de la ocasión para invadirlo y quedarse dentro.

Nada puedo decirles del movimiento anarquista en los países vecinos: Hungría, Polonia, Tchecoeslovaquia, etc. Uno se halla más separado de dichos países que de los antípodas. Desde 1918 existe, con ellos, una separación física y moral absoluta.

Del Austria agónica y puesta bajo tutela, nada puede esperarse. A los muertos, de nada se les puede culpar...»

M. NETTLAU.

Optimistas siempre

Este ambiente tan mezquino y tan frío en que nos debatimos y al que pretendemos enriquecer y fecundar con el hálito vivificante de nuestro Ideal, haciéndolo propicio para la realización de los magnos propósitos que albergamos, no es por cierto de los que dan aliento y bríos a los luchadores, a los rebeldes. Precisamente, sucede lo contrario.

Sentís vibrar, potentes de indignación, las fibras más íntimas de vuestro ser ante un feroz agravio inferido por los sicarios a hermanos y compañeros vuestros, y llamáis a gritos a la gente para hablarle del gran dolor que os agobia, para volcar ante ella esa profunda indignación que os ahoga, para contagiarla, en fin, de vuestra fiebre de justicia; y la gente os mira con indiferencia, os escucha apenas y sigue su camino. Ni vuestras palabras ni vuestro dolor le interesan. Os quedáis solos y con más amargura todavía, porque pensáis que esa multitud indiferente que se aleja, es carne de la misma masa que acaba de ser tan brutalmente atropellada y que a su vez está expuesta a serlo en cualquier momento.

Otras veces intentáis conmover a los hombres, abriéndoles todo el tesoro de idealidad y optimismo que encerráis en vuestro pecho; hacéis resaltar las bellezas del futuro vislumbrado por vosotros frente a las miserias que hoy vivimos; los exhortáis a que contribuyan al más próximo advenimiento de ese futuro luminoso, practicando ilimitadamente la solidaridad con sus hermanos en dolor, rompiendo con añejos prejuicios y siendo, en una palabra, cada vez mejores y más libertarios. Decís todo esto con el corazón en los labios, y la inmensa mayoría piensa que os estáis poniendo en ridículo y se encoge de hombros.

De un ambiente así, que es el ambiente actual en todas partes, siéndolo, en algunas, mucho peor, no es posible en toda evidencia recoger nuevos ánimos, ni recibir estímulos para la brega idealista.

Pero todavía no es eso todo. No solo faltan alicientes en el ambiente, sino que aún hay quienes se encargan de neutralizar los que surgen en nosotros a impulsos de nuestros propios ideales.

Los que tal hacen son esos hombres «prácticos», rebosantes de «experiencia», que cuentan con muchos ...os de *lucha*, y que si alguna vez ...ntieron palpitaciones juveniles de ...beldía, hace mucho tiempo que las ...vidaron. Son ellos los que nos aconsejan que nos hagamos «prácticos» ...nbién, es decir, que nos acostumbremos a contener los más bellos im...lsos, a enfrenar la indignación, a ...ber fingir unas veces, y a saber ...nsigir otras. Y para ilustrar nues... ignorancia de líricos, nos ense...n, cuando no «tácticas políticas», ...rmas sindicales»...

...uele ser tan negador este género de practicismo, que produce un efecto más destructor y enervante que la misma indiferencia popular.

Sin embargo, ni la indiferencia de las masas ni la negación de ciertos «orientadores», pueden ni deben hacer ninguna mella en nuestro ánimo. Sabemos perfectamente que siempre, en todas las épocas de la historia, los verdaderos revolucionarios, los que realmente contribuyeron a la renovación de los valores morales de la sociedad, los que propulsaron la libertad de los pueblos, fueron precisamente aquellos que no retrocedieron nunca ni ante la indiferencia ni ante la hostilidad del mismo pueblo cuya redención perseguían. Que al fin y al cabo, los mismos que les volvieron las espaldas, fueron los que después se dejaban matar por las ideas que aquellos predicaban. Que de todos modos la tenacidad y la firmeza en la propaganda de un Ideal, se atraen necesariamente el respeto de los mismos adversarios, que a veces hasta dejan de serlo, pues es bien sabido que solo los grandes ideales tienen la virtud de crear propagandistas abnegados y firmes hasta el extremo.

Sabiendo todo esto es que podemos prescindir, ya que es necesario, de todo estímulo exterior y seguir siendo optimistas, rebeldes, libertarios siempre. ¡A pesar de todo!

Por otra parte, si hay alguna cosa de la cual estamos firmemente convencidos, es de esta: que para que el pueblo se capacite al punto de poder hacer la Revolución y llevarla a la finalidad que auspiciamos los anarquistas, es mucho más importante que se impregne de nuestro espíritu libertario y optimista, que del conocimiento de las «normas sindicales» y otros practicismos de que nos hablan los hombres pletóricos de «experiencia». Y hasta estamos por decir que es lo único importante.

J. PRINCE.

NUESTRO EDITORIAL

Canta, explosivo, canta

Canto del explosivo, ¿por qué callas? ¿Por qué tu voz no bate las murallas de cinismo y oprobio que nos ciñen? ¿Por qué no surges, como un airado grito de pelea, a romper de una vez con este denso ambiente, falto de aire y de luz, que nos sofoca y nos entenebrece? ¿Por qué no pulverizas con tu alarido trágico y fulmíneo, la gigantesca mole del indiferentismo glacial, agobiador, que nos angustia?

Canto del explosivo, ¿por qué callas?

***

Tu rajas las montañas más compactas, de un solo aliento en seco, para que luego sirvan en las calles, de alfombra a la opulencia y la miseria.

Tu abres los grandes túneles sombríos, que sirven para el paso de esos aullantes monstruos de metal, que labran la riqueza de sus dueños y son como un escarnio a muchos pobres.

Tu impulsas, tu trasladas a distancias enormes, esas bruñidas masas de acero rugidor que esparraman la muerte a manos llenas, siembran la ruina, producen el espanto y dejan todo en la desolación.

Tu estás en todas partes, ora a la vista, a veces bien oculto, siempre al servicio de los privilegiados. ¿Cuándo lo estarás al de la libertad?

¿Cuándo, de un solo aliento en seco, harás volar los tronos y las sillas, los monumentos a la mentira y los antros, ergástulos o cárceles donde se carga al hombre de cadenas?

Canto del explosivo, ¿por qué callas?

***

La vida es un infierno para todos. Nadie tiene seguro el instante siguiente al en que vive. Hay que ser un idiota, acaso un bruto, si no se quiere ver, horrorizados, la sordidez ambiente que nos traga, la garra bien abierta que es cada uno de los que día a día nos codean. La relación es solo de interés; el desamor [illegible] fan; la miseria moral rebosa en todos, arriba como abajo; y la dicha se basa en la desgracia.

Canto del explosivo, ¿por qué callas?

***

Vivimos como perros vagabundos,—medrosos, desconfiados y abatidos de mugre y humildad. En nuestros ojos tristes y profundos de servilismo y de necesidad, ni la luz del rencor brilla un instante, ni la chispa del odio promisor, ni el fulgurante rayo nunciatriz de la revolución. Son ojos mendicantes de conmiseraciones y piedades.

Las aldeas, los pueblos, las ciudades gimen bajo el azote de la más acabada explotación. Se trabaja por un mísero plato de bazofia, una escudilla de habas centenarias o un mendrugo de pan duro y verdoso. ¡Y esto es la dicha para muchas gentes!

Los campos son hoy día labrados, lo mismo que antes, en largas, dolorosas jornadas de sudor y extenuamiento; con esta diferencia: que hoy se abonan con sangre y carne humana, porque se ha descubierto que es un abono más rico que el estiércol, por mucho que provenga de cobardes.

Somos abyectos, sí, pero ¿qué importa? La cuestión es comer todos los días aunque, a guisa de salsa, nos recubran la tísica carnaza de gargajos.

¿Qué se pide del hombre? Su trabajo, su dignidad, su orgullo, su altivez, todo lo que lo acrece ante sí mismo y lo hace noble y bello.

¿Y qué de la mujer? Sus energías, su cuerpo y sus espasmos.

Estamos prostituidos hasta el tuétano. ¡Y estamos bien! ¡Recontra!

***

Canta, explosivo, canta... Alza hasta el cielo en tu vigor salvaje, hecha polvo sutil, a esta majada humana de risa fría y de mirar bovino que a todos nos infama. Desencadena tu potencialidad de fuerza en rama; destruye el hormiguero de vileza nefanda en que vivimos, y cava, cavador, profundamente hasta la napa de aguas frescas y puras donde nos lavaremos del único pecado capital: el de la sumisión que padecemos como una infame tiña milenaria.

Canta, explosivo, canta.

Germinal...

En nuestra vida errante, llevando el verbo anarquista a través de los campos, nos es dado constatar la ignorancia en que está sumida la juventud y en especial la de los pueblos chicos.

Es un caso clavado ya, el de que al llegar a cualquier estación divisemos desde la chata en que viajamos la infaltable cancha de «football», ese anfiteatro donde se dan de coces dos docenas de muchachos ágiles y fuertes, obreros en su inmensa mayoría y que con el pasionismo de un juego tan estúpido olvidan las más elementales nociones de hombre, para convertirse en bestias que se mueven a patadas por posesionarse de un trozo de cuero que rueda de un lado a otro.

Y al mirar esa cuadra de tierra, no podemos menos que pensar en las legumbres que se le podría hacer producir para alimentar a varias familias proletarias.

Luego tenemos otra plaga, los «centros recreativos» que realizan funciones teatrales con las obras más estúpidas del cartel bonaerense, interpretadas por un grupo de peores aficionados, funciones que terminan en bailes familiares con anexo de «chupandina», concluyendo el programa con puñaladas, irrupción de «botones», y al otro día, con más brutalidad que antes, y con menos probabilidades de alcanzar una idea. He ahí dos factores de degradación y atraso en el campo.

Pero frente a eso se levanta la agrupación de ideas, constituida por un grupo de abnegados compañeros. Estos compañeros son siempre mirados como peligrosos para la tranquilidad del pueblo.

¡Cuán grato es al errante golondrina llegar al *odsis* y encontrar cerebros que piensan entre el desierto de la ignorancia de los demás, colocando un granito de arena en la gran obra de reconstrucción social! ¡Y cómo nos embarga la emoción cuando a altas horas de la noche, una vez terminadas las reuniones, salen los compañeros rimando esperanzas con cantos revolucionarios en los labios, entonándolos por el ancho camino, al que se asoman desde los boliches los crápulas, para burlarse de aquellos que impertérritos siguen adelante sembrando las ideas anarquistas

en los campos abiertos a la vida del futuro, con la sonrisa en los labios y la visión de fraternidad en las miradas! Yo, viendo este cuadro muchas veces, he pensado que en vez de consumirnos en las ciudades entre el vicio y la corrupción, debemos de salir a los campos a ayudar a estos buenos camaradas que con la mirada en el porvenir luchan contra la ignorancia que nos rodea.

ABRAHAM SCHOR.

Villa de Mayo, Noviembre 7 1922.

Fragmento

....

—Todo el mundo sabe lo que es el amor.

—Pues yo no lo sé, y desearía saber cómo lo define usted.

—¿Cómo? Pues muy sencillamente... El amor... el amor... es la preferencia exclusiva de una persona a todas las demás.

—¿Una preferencia por cuánto tiempo? ¿Por un mes, por dos días, por media hora? Esta es la cuestión.

—¿Por cuánto tiempo? Por mucho, y a veces por toda la vida.

—Bien, pero todo eso se ve en las novelas y jamás en la vida práctica, pues la preferencia de uno sobre todos rara vez dura varios años; lo más común es que sólo dure meses, cuando no semanas, días, horas, y minutos...

—¡Ah, nó, nó señor!

—Sí, ya sé. Ustedes hablan de lo que se cree que existe, y yo hablo de lo que existe efectivamente. Cualquier hombre experimenta lo que ustedes llaman amor, por todas las mujeres bonitas, y muy poco por su mujer. De ahí el refrán que no miente: «Es la mujer ajena, miel, y la propia, hiel».

—¡Ah! lo que usted dice es horrible. Y el hecho es que existe entre los seres humanos ese sentimiento que se llama amor, y que dura, no meses y años, sino toda la vida.

—No, no existe tal cosa; yo lo afirmo. A un admitiendo que Menelao hubiese preferido a Elena por toda la vida... Elena prefirió a París; es lo que ha sucedido, sucede y sucederá siempre; y no puede ser de otra manera, como no puede suceder que en un saco lleno de garbanzos, dos de ellos, marcados con una seña especial, vayan a colocarse siempre el uno al lado del otro. Sobre que no es ya una cosa problemática sino cierta, que ha de venir la saciedad y el aborrecimiento por parte de Elena o por parte de Menelao. La única diferencia que puede haber en esto, es que el uno se cansa más tarde o más temprano que el otro, pero amarse toda la vida, es como si se dijera que una vela puede arder siempre.

—Pero es que usted habla del amor físico... ¿No admite usted un amor basado en una conformidad de ideales, en una afinidad espiritual?

—¿Por qué no? Pero en ese caso no hace falta procrear. ¡Lo raro es que esa armonía de ideales no se ve entre viejos, sino entre personillas jóvenes y agraciadas!

....

LEÓN TOLSTOY.

De «La sonata a Kreutzer».

Desde Rio Santiago

Habiendo trabajado en el pequeño feudo del burgués Antonelli, borracho consuetudinario, a donde fueron, engañados por el quinielero Fiuma, de la agencia de 44 entre 1 y 2, y por su rufián Miguel, unos buenos compañeros, nos piden prevengamos a todos que no se dejen embaucar por esos miserables estafadores. Estos, como todos los burgueses, se deshacen en promesas y luego no solo medran a costa del sudor de los trabajadores, sino que unen al trato indigno la putrefacción de la comida, pues odian a muerte a todo aquel que se instruye. Así, el burgués Antonelli pretendió ensañarse con esos compañeros por el solo hecho de leer libros y periódicos nuestros, manifestándoles, al protestar por el estado putrefacto de los elementos de alimentación, por la galleta de meses, por la yerba usada y resecada que se les daba para el mate cocido, por los platos roñosos en que se les servía la inmundicia con que se pretende nutrir a aquel que batalla duramente en el campo para el bienestar de otro, que todo se debía a las habladurías de los compañeros y a los folletos que leían. Seguramente, el trabajador es una máquina para los antojos del patrón; y dejar de ser burros es grave delito, según parece.

Ya sabéis compañeros, quinteros en especialidad, no os dejéis embaucar por las promesas del quinielero Fiuma, y el burgués Antonelli; son de cría canalla, burguesa, y como a tales hay que tratarlos.

POR EL AMOR

DRAMA SOCIAL EN TRES ACTOS DE FRANCISCO A. GRECO

ACTO TERCERO

La escena: «La Internacional», establecimiento metalúrgico de Don Agustín Riobasteche, visto por la parte trasera. Sobre la derecha, varios cuerpos de edificios, desiguales. Parte de izquierda, para perderse detrás del edificio, una pared. En un lugar conveniente, un portón qne da a la calle asegurado con varias trancas de hierro. Es de noche y amenaza caer la lluvia. Durante todo el acto, truenos, relámpagos y el bramido incesante del huracan.

ESCENA I

Soldado 1°.

Soldado 1. — (Paseándose con el fusil al hombro. Luego se detiene. Descansa el arma). ¡Qué noche, mamita!... ¡Siquiera este viento se llevara de una vez la fábrica, con todos los atorrantes que hay adentro, por culpa de los cuales estamos pasando nosotros malos ratos y malas noches!... Si no fuera por que uno necesita... ¡Ya iba a estar yo haciendo el papel de perro mientras sus señorías descansan a toda pata!... (Continúa su paseo).

ESCENA II

Soldado 1°. y Sargento

Sargento. — (De derecha) ¿Y?... (Acento cordobés).

Soldado 1. — Después de hacer alto y saludar). No hay novedad mi sargento.

Sargento. — Muy bien... Parece que se sienten rumores de arreglo...

Soldado 1°. — Dios quiera...

Sargento. — Sería güeno, ¿no?

Soldado 1. — ¡Ya lo creo!... Aquí nos vamos a volver tuberculosos...

Sargento. — Y la culpa la tienen los obreros, no más. ¿eh?

Soldado 1. — No crea, mi sargento...

Sargento. — Claro que sí, amigo... Están perfectamente bien... trabajan diez horas, ganando un jornal de tres a cuatro pesos, y hasta de cinco... ¡Y todavía se quejan!... ¡No tienen razón!

Soldado 1. — No crea, mi sargento: no es suficiente... Hoy a la altura que se han puesto los precios de los artículos de primera necesidad... no crea, mi sargento... Un obrero que tiene familia... mujer... tres o cuatro hijos... no crea mi sargento... Pa mantenerlos se le refalan muy fácil de cuatro a cinco pesos todos los días... y si no gana más que tres o cuatro... no crea, mi sargento...

Sargento. — Je, je... Parece que vos sos regolucionario che...

Soldado 1 — No crea, mi sargento...

Sargento. — Güeno, voy a ver por ahí que dicen... (Mutis izquierda).

ESCENA III

Soldado 1 y a poco Gaulindez

Soldado 1. — (Continuando su paseo). Con tal que no se descuelgue el agua...

Gaulindez. — (Aparece por detrás del edificio, abrigado con una gran capa, cubierto casi totalmente el rostro, por una bufanda, revólver en mano y cautelosamente).

Soldado 1. — (Apuntándole con el fusil) ¡Eh!... ¡Alto ahí!...

Gaulindez. — (Deja caer el revólver y se debate desesperado por desembarazarse de cuanto abrigo trae). ¡Eh!.. ¡Pare!.. ¡Pare!... ¡No tire!... ¡Soy de la casa... soy yo!...

Soldado 1. — (Sin dejar de apuntarle) ¿Quién es usted?

Gaulindez. — (Tartamudeando). ¡Ese... soy yo... si... yo!...

Soldado 1. — ¿Quién?

Gaulindez. — Sí, yo... Gaulindez...

Soldado 1. — (Bajando el arma). Pero caramba... quien no lo desconoce... Con tantos ponchos, señor, lo creí un asaltante... (Suena un trueno formidable. Gaulindez da un salto y recoge su arma).

Gaulindez. — ¡Eh! ¿Quién va? (Apunta hacia el portón).

Soldado 1°. — ¿Pero, qué hace, señor...

Gaulindez. — ¡Cómo! ¿no ha oído used?

Soldado 1° — ¿El qué? ¿el trueno?..

Gaulindez. — ¿Un trueno?... Pues yo creí que echaban abajo el portón..

Soldado 1°. — ¡Qué barbaridad!...

Gaulindez. — Pues, sí, señor... ¡Bonito susto me ha propinado usted!

Soldado 1°. — También, no crea, señor... ¡a cualquiera se la doy!... ¡Eso de aparecerse de buenas a primeras un individuo en esa forma!... no crea señor...

Gaulindez. — Pero qué noche ¿eh?

Soldado 1°. — Como pa lobo ¿no? (Un trueno)

Gaulindez. — (Persignándose). ¡Santa Bárbara bendita! (Mutis derecha).

ESCENA IV

Soldado 1°

Soldado 1. — ¡Pobre diablo!... bonito guardaespaldas se ha echado el patrón. ¡Desde anoche que tenía ganas de pegarle un julepe como este!... ¡Carnerazo el viejo!... ¡Yo le voy a dar campana! (Se pasea). Me gustaría que se armara una de a pie... a los primeros que les meto un plomo en la cabeza es a ellos, pa que no sean sonsos... (Se pasea). Quisiera tener ahora, a mi lado, aquí, al compañero de andadas, en esa vida triste y sin rumbo del linyera... Se aprenden muchas cosas que acá en la ciudad no se conocen ni por las tapas... ¡Que me vengan a mi a hablar de la patria y la libertad! ¿Qué será de aquel hombre que en una noche como esta, aguantándonos el chubasco en una alcantarilla de ferrocarril, me hizo comprender la vida de los desgraciados como yo, como él, como tantos?...

ESCENA V

Soldado 1° y Sargto

Sargento. — ¿Y, ché?

Soldado 1°. — No hay novedad, mi sargento.

Sargento. — ¿No ha pasao el mosquero, ché?

Soldado 1°. — ¿Qué mosquetero?

Sargento. — El vejete de la oficina.

Sargento 1. — ¡Ah, sí, mi sargento. Pucha... pero va hecho un enrollao el hombre...

Sargento. — Es más desconfiao que un perro...

Soldado 1°. — ¡Muy flojo!... Parecriao en tiempo de epidemia... Sonó un trueno, ¡y lo ¡ha, mi sargento! pegó más gueltas que un trompo... por que le pareció que echaban abajo el portón...

Sargento. — Así son estos manates.. puro almidón no más...

Soldado 1. — Al que le tengo ganitas es al viejo ese que fuimos a buscar... a ese que casi golpea a la mujer, cuando vino pa pedir que hicieran largar al mozo que le han hecho meter preso ellos mismos..

Sargento. — Eh... ché, ché.. te estás pasando...

Soldado 1°. — No crea, mi sargento...

Sargento. — Güeno, güeno... asujetate y seguí aguantando que ya te va faltando poquito pal relevo. (Mutis derecha)

ESCENA VI

Soldado, Don Agustín y Don Natalio

D. Agustín. — (Aparece por detrás del edificio, bien abrigado, seguido de Don Natalio, Este armado con un bastón "formidable"). No... Ya está con nosotros.. ya tenemos aseguradas tres secciones... Y para mañana tendremos quince hombres más...

D. Natalio. — Ma... si yo lo dico: al final se van a quedar todos en la calle...

D. Agustín. — No, eso no sucederá, sencillamente porque no quiero tener gente nueva y porque no me conviene. El propósito mío es hacer que pierdan la huelga. Y una vez normalizado del todo el trabajo, entonces, poco a poco iré despidiendo a todos los nuevos... Hay que ver que esta gente nueva no es nunca tan competente como la otra.

D. Natalio. — Eh... eso sí... ma, peró, yo, si fuera el patrón no tomaba más a ninguno, porque hay que ver que con esos atorrantes, uno ya no está tranquilo, ¿sabe?... Ahora se le han metido tantas pretensiones que se han hecho insoportables...

D. Agustín. — ¡Oh! no te preocupes, Natalio... Yo sabré dominar a esa majada de ovejas...

D. Natalio. — Pero es ridículo... ¿Dónde se ha visto que los obreros gobiernen al patrón? ¡Pero mire un poco!... Eh.. si yo fuera gobierno arreglaba todo muy pronto... (Truenos). Ma, pero esta noche es propiamente de perros...

D. Agustín. — A la verdad... No ha de demorar mucho el agua...

ESCENA VII

Dichos y Gaulindez

Gaulindez. — Señor... Don Agustín...

D. Agustín. — ¿Qué hay, qué ocurre?...

Gaulindez. — Que le llaman a usted por teléfono...

D. Agustín. — ¿Quién?...

Gaulindez. — De lo de Márquez...

D. Agustín. — Vamos allá (Mutis).

Gaulindez. — (Siguiéndole) ¿Qué me dices Natalio de esta noche?

D. Natalio. — Ma... que es una noche terrible... propia de perros. (Mutis).

ESCENA VIII

Soldado 1°. y Ricardo

Ricardo. — (Aparece por detrás del edificio como siguiendo los pasos de su padre. Observa disimulado hacia donde aquél ha desaparecido; y luego, al Soldado 1°.) ¿Y qué tal, amiguito?

Soldado 1. — Ya lo ve, señor: cumpliendo con el deber...

Ricardo. — Ah, sí, ¿no? ¡Cumpliendo con el deber... Está bueno. Creo que ya le queda muy poquito tiempo.... Pronto dejarán de mortificarse por mi "pobre" padre...

Soldado 1°. — Dios quiera... señor...

Ricardo. — Eso es: Dios quiera... Y mi padre también... ¿no?...

Soldado 1. — Es que si los obreros no se entregan...

Ricardo. — Es claro... si los obreros siguen firmes en sus propósitos... es probable que Dios no quiera...

Soldado 1. — Son medio porfiaos, y eso que la huelga está a punto de fracasar....

Ricardo. — Sin embargo, los obreros volverán al trabajo antes de que fracase la huelga...

Soldado 1. — ¡Pucha, si fuera cierto!...

Ricardo. — Y tan cierto, que creo no pasará de esta noche sin que se dé por terminado el conflicto.

Soldado 1. — Sería una gran cosa, señor, porque, qué quiere... yo no entiendo nada de estos asuntos pero, créame, no los veo bien.

Ricardo. — Ninguna persona de sano criterio, puede ver bien tales anormalidades. Son cosas muy malas éstas ¿verdad?

Soldado 1. — Ya lo creo, de parte de los obreros.

Ricardo. — No, amiguito, de parte de los patrones.

Soldado 1. — O de ellos... ya le digo: yo no entiendo.

Ricardo. — Estas cosas hay que mirarlas siempre desde el punto de vista de la justicia, ¿no es así?

Soldado 1. — Claro... sí... pero cuando uno no sabe, señor... Para mí, que aunque los obreros tengan razón, y todos sus reclamos sean justos, siempre son la parte perdedora, porque los patrones, defendidos por el gobierno, tienen que ganar siempre también.

Ricardo. — Es claro. Y la razón de esto es muy sencilla... El gobierno es de los capitalistas o los capitalistas tienen el gobierno; luego, éste está hecho para defenderlos a ellos. Unos y el otro son tal para cual; deben, pues, forzosamente marchar de acuerdo, como marchan en efecto... Además, el gobierno no arriesga su vida ni la de sus aliados en la defensa de su tesoro y del tesoro de aquellos. Para esto el gobierno tiene a sus gobernados, y nada le importa que la clase obrera, creadora del oro y que nunca lo posee, se trabe en gresca sangrienta con los soldados y los policías, otros desgraciados, otros pobres como los obreros mismos, que van contra éstos a sacrificar sus vidas y a sacrificarse, por un miserable pedazo de pan, para que al último los gananciosos, sean siempre los que se reparten el esfuerzo de los productores, es decir, el gobierno y los capitalistas...

Soldado 1°. — Pucha... disculpe, señor... pero, vea, lo que es yo... (Deja el fusil en el suelo y el quepí, y comienza a desprenderse la chaquetilla).

Ricardo. — ¿Pero qué piensa hacer?

Soldado 1°. — No continuar ni dos minutos más envuelto en estos trapos desgraciaos... Algo sabía, y ahora ya sé algo más...

Ricardo. — No, mi amigo, (le impide ejecutar el acto comenzado) usted no debe hacer eso...

Soldado 1°. — ¿Por qué, señor?

Ricardo. — Porque no, amigo; usted iría a parar a la cárcel haciendo una cosa semejante. ¿No sabe usted que sus superiores lo condenarían?

Soldado 1° — Sí, pero...

Ricardo. — Sea sensato, que total esto ya ha llegado a su fin y dentro de poco usted podrá pedir su baja, sin sacrificios estériles... Vea ¿será capaz de hacerme un favor?

Soldado 1°. — Pida, señor, que tendré el mayor gusto.

Ricardo. — Bueno, vea... ahora lo que se vayan ustedes,

que será enseguida que se termine una consulta que tiene mi padre con unos señores intermediarios, con lo cual quedará finalizado el conflicto, se va a llegar hasta la sección 3a., sin pérdida de tiempo, y le entregará esta carta al comisario... de parte de mi padre.

Soldado 1. — (Guardándola). Pierda cuidado...

Ricardo. — Gracias... y hasta después...

ESCENA IX

Soldado 1º y a poco Soldado 2º

Soldado 1º. — ¡Qué lindo muchacho!.. ¡Pero no debe ser hijo del patrón!.. ¿No lo habrá hecho por tantearme?... ¡Qué macana!... Y gueno, seá lo que sea, qué me importa... ¡Soy lo que soy y basta!... Al que le guste, bien, y al que no... también...

Soldado 2º. — (De izquierda). ¿Qué decís, bicho feo?...

Soldado 1º. — ¡Hermanito!... recién estuvo aquí hablando el hijo del patrón... Yo creo que ya nos vamos... De un momento a otro tocamos retirada...

Soldado 2º. — ¡Qué falta nos hace, ché!... Te prevengo que ya estoy harto... Esto parece un cementerio, ché... Y ¿qué te parece?... ¿La perderán nomás los obreros?...

Soldado 1. — Y andá saber... Después veremos... ¡Rajá que viene el sargento!

Soldado 2º. — Salute. (Desaparece por detrás del edificio).

ESCENA X

Sargento y Soldado 1.

Sargento. — (De derecha) Ché, iá estamos del otro lao....

Soldado 1º. — ¡No diga, mi sargento!

Sargento. — Sí ché... iá ha venío el oficial con la orden de que nos retiremos... iá he visto salir a cuatro o cinco individuos. Gueno... vamos a iamar a los otros y así disparamos antes de que se descuelgue el aguacero...

Soldado 1º. — Vamos, mi sargento... (Desaparecen por detrás del edificio. Pausa larga... Arrecia el viento y se suceden con más rapidez los truenos y los relámpagos.

ESCENA XI

Ricardo

Ricardo. — (Aparece de derecha, escrutando todo) Ha llegado el momento... (pausa larga; truenos y relámpagos prolongados). ¡Todo parece conjurarse contra él... hasta la naturaleza misma! (Desaparece por detrás del edificio. Pausa larga. Luego reaparece en escena y vuelve a desaparecer por primera derecha... Ruido de puertas que se cierran. Una nueva pausa. Vuelve nuevamente a escena). Ya se han marchado todos... Todo va según mis deseos... (Desaparece por detrás del primer cuerpo del edificio. A poco se le ve aparecer sobre el techo). En todo esto parece respirarse un pesado aire de muerte... ¡Oh, Regino... quisiera tenerte a mi lado! Pero no; mejor así... Cuando tú llegues a recobrar tu libertad... ¡Oh, Regino!... (Desaparece hacia la derecha. Pausa muy larga... Luego vuelve sobre el mismo lugar). ¡En todo vive el silencio profundo de las tumbas! (Desaparece, para aparecer enseguida abajo, en escena. Hace mutis por el fondo, detrás del edificio, y a poco reaparece tembloroso, descompuesto, enigmático... Trae el gorro hecho una pelota entre las manos... los cabellos en desorden... Inmediatamente irá inundándose de un resplandor rojizo todo el espacio). ¡Oh, padre inconsciente y bárbaro... enemigo de todos los buenos... he ahí tu triunfo! (Oyese crugir de maderas devoradas por el fuego... Chapas de cinc que caen con el estrépito consiguiente). ¡Sí, ya ha llegado a ellos!... ¡Sí, imposibles serán todos los esfuerzos para librarse de las llamas trágicas! ¡Morirán!... ¡Traficante de oficio, morirás con toda tu inmensa fortuna amasada por los explotados que despreciastes!... ¡Por ellos fuistes algo, por ellos, dejarás de ser!... (El fuego avanza. De pronto óyese el formidable ruido que produce el derrumbe de una gran parte del edificio, techos, vidrios, etc.) ¡Eh!... ¡Ya está! ¡Ahora sí!... ¡Se ha librado de un monstruo la humanidad!... ¡Madre mía!... ¡Por tí, por todos los que fueron víctimas de su insaciable voracidad, por todos los que sufren hambre y sed de justicia!.. ¡Ya está!... Y ahora... ¡a vivir la vida! la verdadera vida!... Con ellos... con ellos... con los hermanos... con los compañeros!... ¡Por el amor! (Salta la tapia, al tiempo que una parte del edificio de escena se derrumba, desapareciendo Ricardo cuando las llamas llegan a ella... Y sigue el fuego su obra destructora, mientras comienza a caer la lluvia, gruesa y fuerte y va descendiendo lentamente el

TELON

A mis hermanos árabes

Compañeros de dolor y de miseria, a vosotros me dirijo en estas líneas arrancadas, sufriendo, a mis cortos conocimientos, para deciros que es la maldita sociedad en que vivimos, la culpable de todas nuestras desgracias, de todas las fechorías que contra nosotros se cometen.

Hermanos árabes: Despertad de una vez del profundo sueño en que os hayáis sumidos, y venid a nosotros, al campo de los hombres que piensan, y que aman a la humanidad entera,—al campo de los anarquistas, hermanos.

¡Qué! ¿Habéis olvidado la gran injusticia contra nosotros cometida en aquellas lejanas tierras? ¡Qué! ¿Habéis olvidado a los bárbaros feudales de la Arabia? Cuando llegan a los pueblos de campo, lo primero que hacen es enviar sus lacayos y verdugos, armados hasta los dientes, en busca de las mejores muchachas, para servirse de ellas. Después azotan a la juventud, para que se les tema como a verdaderos enviados de algún poder extraterrenal. Y en efecto, ellos se dicen mandados por Alá y su profeta Mahoma, para gobernarnos y educarnos a nosotros, los pobres «fallahinos», con el palo o con el látigo.

Compañeros: Frente a ésta inquisición ¿qué métodos deberemos emplear para defendernos? ¿Lo sabéis, hermanos? ¿Lo ignoráis acaso? Pues el remedio es fácil: está en nuestra voluntad y en nuestros músculos, y en unirnos con todos los parias de la tierra, sin distinción de raza ni color, como lo requiere nuestro ideal anarquista.

¡Sí, hermanitos árabes, a luchar contra ésta maldita sociedad de parásitos que ampara el robo y legaliza el crímen, cometidos en nombre de dios y de la patria!

Recordad al gran rebelde Antahr, de los tiempos de Mahoma, que combatió contra el emperador persa. El también cantó, que antes que esclavos era preferible morir. ¿Por qué no lo imitamos?

Parece mentira que los árabes beduinos no sepamos apreciar la rebeldía y permitamos a nuestros faraones cometer tantos abusos y tantas injusticias contra nosotros.

Vamos, compañeros, reflexionemos de una vez y echemos por tierra tanto a Jerusalén como a la Meca.

Ni con Cristo, pues, ni con Mahoma; y luchemos sin tregua para construir la sociedad de amor y justicia para todos. Y parodiando a Pacheco cuando dice, frente a la tierra pampa, rapiñada: «meta fierro a los alambres», digamos nosotros: desde Beirut hasta el Gran Desierto árabe, meta piqueta a los muros, que se mesture la hacienda.

¡Guerra, sí, contra el efandi, el bey, el bajá y contra todos los burgueses!

Arabes, arrojad de vuestro pensamiento a esos monstruos, sacudid vuestra indiferencia y venid a la lucha como hombres libertados del temor.

SULAIMAN J. OMAR

Lobería, Noviembre de 1922.

Historia inédita

(PÁGINAS DE UN ERUDITO)

Erase en una época muy remota. Tanto tiempo hay de por medio desde entonces a nuestros días, que, para poder enterarme de la historia que voy a relatar a los... que tengan la paciencia de leerme, he tenido necesidad de recurrir a los viejos archivos de un viejo amigo.

Antes de cometer... el atentado, tengo necesidad de explicarme a los amigos lectores: Esta pequeña o breve historieta tiene valor porque actualmente abundan las gentes que padecen del mismo mal de mi historiado. El personaje que haré conocer al simpático o antipático lector, vive en la persona de muchos amigos nuestros, (*nuestros*, digo, porque tengo la desgracia de conocer y ser conocido por algunos).

Erase, pues, entonces, en una ciudad llamada del Santísimo Rosario (en aquella época ya había católicos) y vivía en ella, como es de suponerse, una gran cantidad de gentes. Entre estas vivía un señor, que se había distinguido por ser el primero que usó, entre sus contemporáneos, el cuchillo napolitano que tan popular se ha hecho en estos últimos tiempos.

Este hombre tenía, en medio de otras debilidades de menor calibre, la de ser escritor; y por residir en el interior del país, se le llamó «de tierra adentro». Cuentan las malas y viperinas lenguas, que este personaje tan interesante, era corresponsal en la ciudad antes citada, de un diario que se publicaba ya en aquél entonces y de cuyo no se recuerda el nombre. Literato profundo... y filósofo de primer orden, no vendía su pluma sino a cambio de que se le publicara la firma en todos sus escritos, pretensión que nos parece muy lógica, si se tiene en cuenta que nadie, a no ser él, se haría cargo de semejantes atentados al buen gusto y al buen sentido de sus contemporáneos, personas estas que jamás llegaron, en su entera vida, a comprender las *profundas* verdades que de la pluma de tan elevado pensador fluían.

Bueno, sucedió que nuestro amigo, el filósofo de aquellos remotos tiempos, pertenecía, y el diario del cual era corresponsal también, a una de las tantas tendencias o partidos, que aun ahora subsisten. Sucedió, decimos, que esa fracción tuvo que celebrar un congreso, para ponerse de acuerdo sobre distintas cuestiones que se discutían... y el amigo corresponsal, que en el fondo no era más que un servil personaje, para ganarse por entero la confianza de las gentes que se hallaban al frente del diario, y que se le siguiera publicando sus artículos y su firma, y en atención a que talvez se le publicara un cierto libro... por todo esto que dejamos dicho, el hombre se dió a atacar a imaginarios enemigos del diario, cuya corresponsalía se le confiara. Macarrónico por excelencia, sólo atinó a insultar en forma vil y cobarde, ya que no citó las fantásticas personas enemigas del diario; diciendo que salía del Santísimo Rosario una expedición o poco menos, que concurría al congreso de su partido o agrupación, con el único propósito de atacar al diario y apoderarse de él.

La verdad, según lo demuestra un autorizado historiador de la época, era que del Santísimo Rosario salieron apenas cuatro o cinco hombres que, contrariamente a lo que decía el tal Don E. (que así se llamaba el corresponsal), no sólo no habían recibido dinero de cierta denigrante fraccioncita enemiga de los que iban a celebrar el congreso, sino que apenas si tenían dinero para pagarse el pasaje,—que en ese entonces existía, como hoy, la fea obligación de pagarlo todo;—dándose el caso de que alguno de ellos se vino en tren de carga, cosa que no hizo el corresponsal de marras, que ni siquiera tuvo la... [illegible] de ir a ese congreso.

Este filósofo, como otros de menor cuantía, vaticinaron, al unísono con muchos enemigos de la tal agrupación, que el congreso iba a resultar, lo que en términos crudos y criollos se llama «bolsa de gatos», por causa de estos expedicionarios rosarinos y otros que de otros lugares se les unirían para atacar a las gentes de ese diario del cual era corresponsal el tan buen filósofo, como infame escritor de tierra adentro.

Nada de eso ocurrió. Y se dice que las gentes que conocían estas cosas, reíanse de este pobre *visionario* y de los que le dieron crédito.

=

Lector amigo y paciente: Lo antedicho es *dicho* para decir que hay muchas de esas gentes, como el filósofo que antecede, que han visto millares de enemigos del Congreso Regional Anarquista que se ha celebrado; y otros millares que iban a concurrir solo para hacer obstrucción y «armar bochinche». Nada de eso ocurrió, sin embargo. El Congreso Regional Anarquista, fué, porque tenía que serlo nomás, un congreso de amigos, de compañeros de ideas y de lucha, donde se afirmó sí, la personalidad anárquica de cada uno de los compañeros, pero donde sobró todo bajo personalismo.

De esto se desprende que hay que pensar mejor las cosas, antes de decirlas, como hicieron algunos; y de que en el campo del anarquismo hace rato que están demás las aves de mal agüero.

J. FINIS.

NOTA.—Creo que he dicho algo que era necesario decir. Y si algún lector no lo ha entendido así, que me perdone por esta vez. - J. F.

El sembrador

Hay que andar, andar siempre...

Los ojos clavados en la fúlgida visión del porvenir. La testa nimbada de sol. El alma saturada de canciones.

Y hay que andar...

Aquí, sobre el surco abierto arrojar un puñado de simientes; allí, sobre el alma entenebrida de los hombres, de los parias, desflorar un manojo de pétalos rojos, fulgurantes, regados con la sangre cálida y chispeante de la idea. Y en el vientre sagrado de la mujer, el germen fecundante: hacerla madre!

Sembrar es nuestra misión.

Desflorar un pétalo, arrojar una simiente y dar un beso, es ser digno de la vida; es fecundar la vida; es engrandecerla.

La vida, como una hembra ardiente y caprichosa, sólo gusta de la vibrante caricia del macho fuerte, del beso rugiente de la eternidad.

Hay que andar, andar siempre...

A través de todos los caminos, de todos los senderos, arrojando en las alas musicales de los vientos, la proficua simiente de la revolución.

Y hay que sembrar...

Los ojos clavados en la fúlgida visión del porvenir. La testa nimbada de sol. El alma saturada de canciones, y dar el alma. Y es la Anarquía.

Hay que andar, andar siempre cantando bajo los plenilunios de nuestra existencia como el sembrador del bohemio, del lírico vagabundo que lleva como una visión roja, palpitando en el fondo del cráneo, la sublime locura de Cristo, de Nieztche y de nuestro señor Don Quijote.

ALFREDO FRID HERRERA.

Bs. As. 1922.

Nuestros delegados

Un colaborador de «Ideas» dejó sentado días atras en las columnas del mismo, una afirmación antojadiza contra los representantes de la F. O. R. A. y de sus respectivas provinciales, en una forma global. ¿Se ha preguntado la redacción de «Ideas» las razones y los motivos que alegaría a su favor el colaborador ese, para afirmar con manifiesta mala fe lo que ha afirmado, que, en otras palabras, es lo mismo que afirmaban en su «galería de actualidades» los apolíticos? (1).

Yo me he preguntado y me contesto, informado de buena fuente, que tanto a unos como a otros la razón no los acompaña; motivos, si, los hay, y es que unos y otros, cada cual a su manera, son enemigos de la idea y de la F. O. R. A. aunque digan lo contrario.

¿Porqué escribió ese artículo el colaborador ese? Todo Necochea lo sabe.

¿Por qué los apolíticos escriben sus encuestas y biografías? Todo el proletariado quintista lo sabe; lástima que «Ideas» lo ignore (2) y a causa de su ignorancia trabaje desde sus columnas, por intermedio de sus colaboradores, el descrédito de la F. O. R. A. (de esa F. O. R. A. saludada en el primer congreso regional anarquista en presencia de sus propios delegados) de una manera tan poco honesta. (3) Si algo hay de malo en la F. O. R. A. debe de decirse claramente, sin pasiones ni mentiras, señalando personas y puntualizando hechos y no como «Ideas» ha permitido hacerlo desde sus columnas. (4)

OVIDIO ALEX.

Buenos Aires.

NOTA: Espero que se publique.

---

(1) Hemos vuelto a leer el artículo de nuestro colaborador y confesamos que las afirmaciones que en él se hacen, no nos parecen tan antojadizas. Conocemos el movimiento anarquista y obrero de hace muchos años, conocemos por otra parte a los hombres y sus debilidades, y por lo mismo no nos extrañan ni su espíritu de chismosos ni sus ineptitudes. No tenemos, pues, por qué preguntarnos nada, ni por qué prejuzgar mala fe en nuestros colaboradores, y menos cuando como en el caso en cuestión, la crítica ha sido hecha de un modo general y, por lo que se deduce de su lectura en total, para corregir y no para pelear, como una indicación, no como un palo.

(2) "Ideas" no ignora quiénes son los apolíticos ni quién es el colaborador del «todo Necochea lo sabe». De aquellos, conoce su prensa y la historia larga y hedionda de sus trapacerías; pero no la asustan «sombras ni bultos que se menean», porque sabe que cada uno cumple su propio destino de flor, de sapo o de estrella, sin vuelta de hoja. De éste, solo conoce lo que rueda por la prensa anárquica del país, como conoce de Vd. nada más que el nombre que va al pie de su artículo. ¿Querría usted, camarada, que fuéramos a inquirir la vida privada de cada colaborador, antes de publicarle nada? ¿Quisiera usted que procediéramos de igual manera con usted mismo?

(3) El crédito o el descrédito de la F. O. R. A., nadie, al fin de cuentas, podrá labrarlo sino la propia F.O.R.A.; y ya la pueden saludar en nuestra presencia cien mil veces, que si es inepta, no la salvarían del descrédito los saludos. Por otra parte, no somos parciales, nosotros, ni hemos empeñado nuestro derecho a criticar o a que se critique lo que no está bien. Y no está bien que el que sale en jira de propaganda se atenga a chismes de ninguna clase y tome partido por unos o por otros, colaborando más a la desunión que a la armonía.

(4) Hemos permitido la crítica generalizadora y la seguiremos permitiendo. De lo demás, personas y hechos, que se ocupen los interesados ante los interesados mismos. Si hubo mentira, el descrédito será para el colaborador, que no sería más tenido en cuenta. Si hubo verdad, entonces el descrédito caerá sobre los delegados e inmediatamente sobre las instituciones que los envían, si estas los apoyaran. Y basta ya, que la enmienda va resultando más larga que el soneto.—NOTAS DE LA REDACCIÓN.

Vida tràgica de Austria

...Diré algunas palabras sobre la situación actual de Austria, es decir tal como la dejó la vindicta eslava y la de sus otros enemigos.

El bloqueo del hambre, arma terrible que hiere a mujeres, niños y ancianos, si bien está minando la salud de las generaciones, dió, contrariando las intenciones de sus autores capitalistas, una gran impulsión al sentimiento socialista. No en un sentido de partido, y con una continuación y un resultado directos, pero en el de que la idea de la intangibilidad de la propiedad, fué al fin sacudida, y haciendo comprender que los objetos útiles e indispensables debían estar al servicio, no de sus dueños ocasionales, sino de la colectividad; que el esfuerzo colectivo es a menudo superior a la rutina individual: todas ideas que entraban en los cerebros más obtusos. Tropezando con el costo de los víveres, inaccesibles para la masa, se quería volver a la agricultura, a la naturaleza; la vida monótona industrializada, se rejuvenecía al calor de estos sentimientos. Se soñaba, para después, una cohesión más fuerte entre el campo y la ciudad; en una palabra, a pesar de los sufrimientos, estas fueron lecciones de sentires colectivos y de solidaridad para una vida más armoniosa que la que establecieron la explotación capitalista y el monopolio agrario.

Cierto es, que bajo el régimen militarista, todo pasaba por las manos, no del pueblo sino del Estado, el que se desempeñaba por medio de burócratas incompetentes y de capitalistas directores de la industria, deseosos de lucrar con esta catástrofe pública, y el resultado—por los despilfarros, fortunas amasadas por los acaparadores, la estupidez de la burocracia, etc,—fué la verdadera caricatura de una cooperación colectiva, la que hubiera podido ser, de haber sido más robusta la intervención anarquista, el origen de un movimiento antiestatal en marcha hacia la anarquía.

Del estado de agotamiento general que siguió a la guerra, sólo se originó un gran repudio hacia el antiguo régimen, alimentándose la esperanza de que, con la cesación de las hostilidades, empezaría para Austria como para todos un nuevo régimen ampliamente popular, social, anticapitalista y de fraternidad entre los pueblos. Este sentimiento era tan fuerte, que la reacción se eclipsó, haciéndose chiquita la burguesía; el ejército de habla alemán se desbandaba y los partidos populares llegaban sin violencia al poder, no teniendo que vencer ninguna resistencia.

En cuanto a la maquinaria del Estado—la burocracia—se vió este fenómeno digno de la atención de los revolucionarios, que esta burocracia cambió de color de la mañana a la noche: de negra y amarilla volvióse roja. El burócrata, déspota o borroneador de papel se declaró trabajador del pensamiento y se solidarizó con sus subalternos más humildes, todo por no perder el empleo y para seguir dominando el nuevo sistema, sea cual fuere su tendencia. Los obreros socialistas políticos fueron los primeros engañados, y el nuevo estado de cosas se halló, por anticipado, recargado con estos burócratas parásitos, que se multiplicaron innúmeros y que roen y comen desde entonces la substancia del país.

En octubre-noviembre, nada pues, se oponía de parte del Austria de lengua germana a la inauguración de una era de progreso y de solidaridad en la medida de la inteligencia del pais, donde los elementos verdaderamente libertarios eran muy débiles y siguen siéndolos.

Es en ese entonces que, una después de otra, llegaron noticias, testimonios y pruebas de la crueldad sanguinaria de checos, yugoeslavos y otros, que en aquella hora de liberación no supieron de gestos generosos. Austria vióse rodeada como de un cerco de hierro, cuando hasta ayer y desde siglos, ella gozaba de una completa libertad de comunicaciones y de transportes y le fueron cegadas las fuentes industriales de los paises vecinos donde desde cien años ella se abastecía, las que están ahora herméticamente cerradas a su comercio. Los artículos alimenticios que allí compraba le fueron negados de golpe, y lo poco que se consigue hay que pagarlo a precios de «chantage». De ello resultó no solamente esta horrorosa miseria, la ruina física de las mujeres y los niños, la muerte de los ancianos y los débiles, sino también la pérdida de la esperanza, con la convicción plena de haber sido condenada, por bajo espíritu de venganza, condena ratificada por el areópago de los pueblos, en Paris, mediante el tratado de 1919, causando la sensación de un gran peligro inmediato, de ese peligro absoluto que hace brotar los malos instintos y cundir el pánico, originando el sálvese quien pueda.

He aquí, hasta dónde ha llegado Austria, la que tenía en octubre de 1918 una perspectiva tan bella de renacimiento. Lo poco que se ha hecho está amenazado o ha desaparecido en estos cuatro años de dolorosas sorpresas, de esperanzas desvanecidas, de desilusiones, de espera contínua y de tiempo perdido. La creencia de que el espíritu social ganaría también terreno en los otros paises, se perdió. La misma brillante visión de la Rusia anticapitalista, se está borrando. Capitalismo, nacionalismo y militarismo dominan más que nunca sobre el globo, y el pensamiento ingénuo de que los Estados, autores del mal, o los obreros de los otros paises, testigos mudos de estos crímenes, intervendrían para salvar a Austria de ese suplicio que la mata, ese pensamiento no tiene, como se ve, en qué apoyarse.

Ahora, las potencias vencedoras, con un gesto de suprema hipocresía, han puesto al Austria moribunda bajo la tutela de la Liga de las naciones. Resulta de este arreglo—y mediante algunos créditos echados en ese abismo, pero bien garantidos por los últimos bienes del país—una servidumbre que pesará más duramente todavía sobre la vida económica política y social de este pueblo. Bien mirado, eso es una combinación que no puede desagradar del todo a los capitalistas, puesto que el poder material, detrás de los delegados o comisarios internacionales, constituirá el medio que les faltaba hasta ahora para reprimir a los obreros, obligarles a trabajar más horas diarias y quitarles una después de otra, sus conquistas sociales conseguidas en el primer ímpetu progresista de 1918.

Este desgraciado país se asemeja, pues, a un enfermo que nadie curara, pero al que atan y amordazan para quebrar sus últimas rebeliones y ahogar sus gemidos; y la Liga de las naciones, que creían llamada a hacer siembra de felicidad, se resigna al papel de ejecutora de ese acto de alta—¡y cuán generosa!—política internacional.

Estos son algunos pormenores ilustrativos, que dan a conocer el verdadero sentido de esta tragedia. Si ella no es una cuestión anarquista, es una cuestión humana, y somos, todos, antes que nada, hombres. Soy el último a ignorar o a negar y aminorar la obra maléfica y los defectos de la antigua Austria como los del Austria actual, pero tengo, exactamente, el mismo sentimiento hacia cualquier otro Estado, grande o chico, viejo o nuevo. Veo que en la situación presente, desde el fin de 1918, y por los tratados de 1919, sufren los pueblos por los crímenes de los Estados, y aunque sea siempre el mismo caso y que los Estados no se nutren sino de la miseria de sus pueblos, esto se hace actualmente, en condiciones especialmente crueles y odiosas.

Atendiendo estas razones, si los pueblos se decidieran, al fin, a salir de su indiferencia, para concluir con estas iniquidades, ellos ayudarían a su propia causa, pues prontamente pasarían de un acto generoso de reparación, a otro, hasta, finalmente, llegar frente a su enemigo de siempre, el Estado, todos los Estados, y harían tabla rasa de estos organismos viciosos que ponen trabas a su libre desarrollo y felicidad. Es por la práctica de las cosas, por la experiencia, que uno se encamina hacia los grandes objetivos, no por la teoría sombría..

M. NETTLAU.

Viena, 24 Octubre de 1922.

N. DE R.—El compañero Max Nettlau, saluda a todos los compañeros de la Argentina, cuya actividad en la propaganda le ha sorprendido agradablemente y les agradece los numerosos envios de libros, periódicos, folletos, etc. que ha recibido.

Papel impreso

Visto y vivido.—Cuaderno número 32, edición de «Los Intelectuales». Es un puñado de buenos cuentos de Joaquin Dicenta.

La sonata a Kreutzer.—Cuaderno número 33, editado también por la misma biblioteca. Es una novela escrita por León Tolstoy.

Trabajo.—Periódico anarquista que se publica en Montevideo; Año 1.° N. 1. Dirección: Cuareim N. 1321. Es el mismo periódico que fué anarcosindical en su primera época. Hoy es anarquista derecho viejo y no las va con el sindicalismo por arriba, por abajo, por delante y por detrás que nos está abollando de un tiempo a esta parte a todos los anarquistas, entreteniéndonos en quisicosas gremiales y hasta absorbiéndonos tanto, que ya nos íbamos olvidando de nuestra propaganda y reduciendo el anarquismo a una doctrina de clase. Bien, pues, ahora, camaradas. Y salud.

Manual del soldado.—Es un buen folleto editado por la agrupación «Luz en la obscuridad», de Buenos Aires, para ser distribuido gratuitamente. Trata sobre la patria, el patriotismo, el ejército y la guerra. Consta de 30 páginas.

¡Adelante!—Recibimos el N.° 2 de este lindo periódico, hecho, se nota inmediatamente, con amor y entusiasmo. Aparece en Tucumán, calle Lavalle, Prolong. 2ª Cuadra Este, y se distribuye gratis.

Bolshevismo y Anarquismo.—No se olviden, los compañeros, de este siempre actual folleto de Rodolfo Rocker que publicó hace tiempo la «Editorial Argonauta». Hay mucha gente que todavía sigue creyendo que Rusia es un paraíso celestial. Habría pues que darle a esa gente este folleto. Despertaría. Vale 20 centavos

Artistas y Rebeldes.—¿Quién que haya leído este bello libro de Rocker no se ha sentido rejuvenecer, si es viejo, sobrarse de vigores, si es joven? Esto sólo, lo recomienda a la atención de todos. También lo editó «Argonauta» y vale 1.80. Los pedidos hacerlos a M. L. Sobrado, Casilla de Correo 1940. Bs. Aires.

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES "VOLUNTAD"

A todos

Sí, compañeros, ya dejamos de ser gente anónima; ya formamos institución, y con el nombre que nos sirve de epígrafe, salimos a la luz, a la pelea mejor dicho.

¡Salud, compañeros del mundo! A todos los que sufrís o peleáis, a los que estáis presos o sois perseguidos, el **Centro de Estudios Sociales "Voluntad"**, os saluda.

Sí, sí; aquí nos tenéis, compañeros, hermanos. Para todo y por la anarquía, contad con nosotros.

Para cuantos tengan algo que comunicarnos, ahí va nuestra dirección: **Centro de Estudios Sociales "Voluntad"**. Calle 15 y 26. Veinticinco de Mayo F. C. S.

Agrupación Anarquista "Pensamiento Libre"

Los sindicatos obreros de Oficios Varios de este territorio de Río Negro. (Oficios Varios de Allen, Cipolletti, Roca y Panaderos de Roca) teniendo en cuenta la necesidad imperiosa de extender la propaganda por todo el mencionado territorio, donde el pauperismo tiene sometidos a una vida vegetativa y miserable a los trabajadores, hemos constituído la agrupación a que el título se refiere. Y así esperamos que los que crean útil nuestra obra, le presten su apoyo.

Pensando, pues, que el mejor vehículo de propaganda, en regiones como estas donde los obreros estamos tan diseminados que se hace imposible la obra oral, es el de la palabra escrita; pensando, además, que una hoja local habría, por serlo, de interesar más a los trabajadores de esta zona y por lo consiguiente hacer más factible la difusión de nuestras ideas; pensando, en fin, que no es solamente aquí donde se siente este vacío, sino en toda la costa sud y particularmente en Bahía Blanca, donde desde que dejó de aparecer «Brazo y Cerebro» no surgió ninguna otra hoja que continuara con el mismo tesón la obra de esta, hemos resuelto propender en todas formas a la reparación de sus máquinas, para que «Brazo y Cerebro» vuelva a la lucha a fecundar estos eriales.

Con tal objeto, esta agrupación integrada por componentes de los cuatro sindicatos citados, ha resuelto también reunir unos centavos, con los cuales se imprimirá la novelita de Siberiano Dominguez, titulada «Mirando desde las rejas», escrita en forma dialogada y de fácil comprensión. Se pondrá además en circulación una rifa, cuyo premio consistirá en la obra de Eliseo Reclus que se titula «El hombre y la tierra».

El éxito de todo esto depende del apoyo que nos presten los compañeros.

A fin de regularizar el tiraje de la novelita citada, agradeceremos que se nos hagan los pedidos a la brevedad posible, dirigiéndose estos a «La Protesta», Perú 1537, Bs. Aires, o a esta agrupación, a nombre de Manuel M. Muñoz.

EL SECRETARIO.

Allen, F. C. S. Territorio Rio Negro.

NOTA.—Rogamos la reproducción de este comunicado.

Administrativas

Recibimos las siguientes cantidades:

Avellaneda.—E. Latelaro 0.50, M. Mari 3.50 por intermedio de «La Antorcha». Sub Comité «La Antorcha» 10.00 por idem.

Arrecifes.—E. Martinez 1.20 por int. de «La Antorcha», A. Viñas 0.40 de nuestro folleto por idem.

Allen.—M. Viegas 3.00 por int. de «La Protesta».

Buenos Aires.—N. Valderrey 2.00 por int. de «La Protesta», J. Carro 1.

Cañada de Gomez.—D. Ainstein 1.00 por int. de «La Protesta».

Cipolletti.—Gomez 4.00 por int. de «La Protesta».

Godoy Cruz (Mendoza).—J. Mantino 0 20.

Kilómetro 180.—J. Ramos Leal 0.80 por suscripción y nuestro folleto, por int. de «La Antorcha».

La Plata.—F. Mazzei 0.50, V. Violini 1.00, J. Paulo 1.00, Un folleto «Ideas» 0.10, U. Píccoli 0.50, A. Souto 0.30, A. Fernandez 2.00, Recolectado en nuestra reunión del 20 de Noviembre 2.45, M. Sciocco 2.00, J. Speroni 1.00, V. Basta 1.00, Jacques 0.75, C. Mateo 1.00.

Mercedes (San Luis).—A. Funes 2.00.

Mar del Plata.—D. Matarazzo 3.

Navarro.—E. Esteves 0.50.

Norte América.—Lone 1.35 por int. de «La Protesta».

Sundblad.—J. Bardullas 0.20.

Sarandí.—J. Scigolini 3.00.

Villa Cañás.—J. Canovi 9.00.

Total de entradas **$ 60.25**

Salidas.—Impresión de este número (2000 ejemplares) $ 85.00. Franqueo del mismo y correspondencia $ 6.00. Total $ 91.00.

Saldo anterior.......	$ 43.91
Entradas............	» 60.25
Suma..	$ 104.16
Salidas.............	» 91 00
Para el número siguiente..	$ 13.16

PARA NUESTRO LIBRETO

La Plata.—Jesús Marfil 0.40.

Sundblad.—José Bardullas 1.50.

Suma anterior 2.70. Suma actual 4.60

Correo de IDEAS

E. Hernando.—No publicaremos, compañero, su artículo titulado «Al grupo justiciero con in del Rosario.» Conocemos ese inmundo cartel de biografías y no estamos dispuestos a prestarle una atención que tanta irresponsabilidad no se merece. Demos, pues, vuelta la hoja sobre esa sucia obra de más sucios anónimos, y sigamos adelante.

Sociedad Obreros en Dulce

El sábado 2 de Diciembre a las 20.30

en la OPERAI ITALIANI

Se representará **NUESTROS HIJOS**

Conferencia por JACOBO PRISMAN y otro compañero de Bs. Aires

Recitación de versos por PALMIRA LAMAS

¡NO FALTE NADIE!

Conferencia

En la plaza Italia, el domingo 10 de de Diciembre

a las 5 de la tarde

Hablarán varios compañeros de ésta y de la C. Federal

Agrupación IDEAS.